

Domingo 25 mayo 2008
El Evangelio de Hoy

Jn 6,51-59

El que me coma vivirá por mí

La Constitución Dogmática sobre la Divina Revelación «Dei Verbum» del Concilio Vaticano II, después de afirmar que «la sagrada Tradición y la sagrada Escritura se conectan y se comunican estrechamente entre sí», deduce de aquí un principio esencial de la fe católica: «La Iglesia obtiene su certeza sobre todo lo revelado no de la sola sagrada Escritura» (Dei Verbum, 9). Si se prescinde de la Tradición, basándose solamente en la letra de la Escritura, la Iglesia no puede afirmar con certeza que algo esté revelado y que, por tanto, se deba creer. La Escritura es la Palabra de Dios, ciertamente, pero tal como ella se ha entendido y vivido en el seno de la Iglesia; eso es lo revelado por Dios.

Esto es particularmente cierto en el admirable misterio que celebramos hoy: el Cuerpo y la Sangre de Cristo ofrecidos a nosotros como comida y bebida de vida eterna. Nada ha vivido la Iglesia con más intensidad y continuidad que este misterio, de manera que, con razón se ha afirmado, no sólo que la Iglesia hace la Eucaristía (este es el nombre que recibe más comúnmente este misterio), sino que ¡la Eucaristía hace la Iglesia! La vida de la Iglesia no se entiende sin este misterio, y viceversa.

Sin embargo, tal vez ninguna verdad revelada está más claramente formulada en la sagrada Escritura que la que creemos y vivimos en la Eucaristía, a saber, que el Cuerpo y la Sangre de Cristo se nos dan como alimento y nos comunican la vida misma de Dios. Lo repite Jesús contra toda otra interpretación, incluso contra la incredulidad e indignación de los oyentes. A cualquier lector llama la atención el carácter definitivo que tienen las palabras de Jesús en el Evangelio de hoy. Muchas veces Jesús hizo afirmaciones que se prestan a equívocos -se puede decir que esto caracteriza su modo de enseñar-, pero nunca deja a sus oyentes en el error. Cuando le entienden mal, aclara cuál es el verdadero sentido de sus palabras.

En el discurso así llamado del «Pan de vida», hablando del maná con que Dios nutrió a los judíos en el desierto, Jesús hace una primera afirmación: «Yo soy el pan de la vida»

(Jn 6,35). Los oyentes entienden: «Yo soy el pan bajado del cielo» (jn 6,41) y objetan. Pero Jesús, en lugar de echar pie atrás, reafirma: «Yo soy el pan de la vida... Yo soy el pan vivo bajado del cielo». Tal vez podría darse a estas palabras una interpretación simbólica o metafórica. Pero, para evitar que así ocurra, Jesús se adelanta a dar él mismo la interpretación verdadera: «El pan que yo voy a dar es mi carne para la vida del mundo». Los oyentes entendieron eso y es eso lo que rechazaron indignados: «¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?». Pero eso que entendieron es lo que Jesús reafirma, porque ¡le entendieron bien! Y lo hace con energía: «En verdad, en verdad les digo: si no comen la carne del Hijo del hombre, y no beben su sangre, no tienen vida en ustedes... Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él». Hay que hacer un gran esfuerzo para dar a estas palabras cualquier interpretación distinta de la literal.

El modo como esto se hizo operativo responde a un mandato expreso de Cristo en la última cena y es lo que la Iglesia ha hecho sin interrupción hasta hoy. El fiel católico que entiende esto pospone cualquier cosa para participar en la Eucaristía dominical.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de Los Ángeles